

fueron retocados antes de ir a la imprenta, por lo que ahora es difícil saber cuál fue la versión que recibió el premio. Gracias a su investigación, Tamura señala que los textos publicados en *Primerose* son los que Eugenio Labarca “obtuvo en la ceremonia de otorgamiento del premio en los Juegos Florales y sacamos como conclusión que corresponden a la versión original de las obras premiadas” (p. 161).

Los especialistas en la obra de Gabriela Mistral (y los interesados en seguir el avance de estudios de crítica genética y textual en obras hispanoamericanas modernas) deberán acercarse a este libro para reflexionar y aplaudir el esfuerzo y los hallazgos. Es, hasta ahora, el estudio más consistente, y, por el tipo y calidad de la documentación presentada, el más preciso. Complejo libro, pues, pensado y escrito para desentrañar un enigma. Es de lamentar, sin embargo, que el uso de siglas a lo largo de la escritura, empleadas para sustentar, argumentar o ejemplificar ideas, lo haga un tanto difícil de seguir.

ISRAEL RAMÍREZ

Universidad Nacional Autónoma de México

RAFAEL OLEA FRANCO (ed.), *Borges: Desesperaciones aparentes y consuelos secretos*. El Colegio de México, México, 1999; 312 pp.

Esta colección de ensayos ofrece una respuesta compleja al centenario de Borges celebrado en 1999; combinando la admiración con la incertidumbre, no es un simple panegírico ni una diatriba póstuma. Sus autores, fieles a la alternancia entre las “desesperaciones aparentes” y los “consuelos secretos” del título, no pretenden nostálgicamente haber vivido “el siglo de Borges”, pero tampoco limitan nuestra mirada a un “anti-Borges” resentido. Al contrario, en vez de buscar una respuesta sencilla, el mayor logro consiste en haber formulado una serie variada de preguntas nuevas y perturbadoras.

No es éste un logro fácil, especialmente hoy, cuando la crítica sobre Borges pasa por un período de inercia. El éxito internacional en efecto ha dado lugar a una lectura repetitiva donde falta la irreverencia ante un conjunto de textos recibidos como clásicas e intocables piezas de museo. Frente a lo monumental, la lectura activa o sesgada se bloquea. “Es como si no quedaran maneras de leer a Borges *desviadamente*, de traducirlo”, observa Sylvia Molloy antes de plantear la pregunta a la que, de algún modo, todos los críticos debemos hacer frente hoy: “¿Cómo hacer entonces?” (pp. 278-279). Sin reglas estrictas, la autora sugiere tan sólo algunas tendencias posibles para la lectura actual de Borges: fijarse en textos menores o hasta ahora ignorados, indagar los restos irrecuperables del mensaje, interrogar

las razones oscuras de esta resistencia o aquella ignorancia. Hay que librar al texto de la cárcel que es su obra; leer al autor a contrapelo, desde otro lugar, en contra de sus trampas: “Nos toca el mayor desafío: desplazar a Borges, distraernos de él, inventar su deslectura” (p. 279). Esta sugerencia de la relectura como deslectura es sin duda la única forma de acercarnos en la actualidad a Borges. Tal es, también, el desafío relevado por los autores en este volumen.

¿Cuáles son los nuevos problemas que plantea la colección? Primero, en cuanto al método, varios críticos se declaran reacios a la tendencia, típica de los años sesenta y setenta, de leer a Borges desde el punto de vista de teorías de moda —estructuralismo, desconstrucción, teoría de la recepción. Todos los ensayos parten, por el contrario, de una lectura detallada de textos borgeanos, tanto marginales como canónicos, para luego elaborar sus hipótesis generales sin subordinarlas a una dudosa autoridad externa. Varios autores se concentran en un solo cuento, en un género literario, en un aspecto desconocido de la obra de Borges, o lo comparan con escritores como Lugones y Arreola. Todos proceden de una manera que podríamos llamar micrológica, elaborando modelos de lectura a partir de figuras locales. Ni siquiera en la introducción, o “Umbral”, busca el editor resumir las distintas contribuciones, sino que regala un microestudio adicional sobre el subgénero borgeano del poema de los dones. Queda saber si los ensayos no aluden en filigrana a un problema de conjunto, nunca explicitado del todo, para el cual formulan diversas soluciones parciales.

El trabajo más ambicioso que puede ayudarnos a plantear esa pregunta fundamental es sin duda el de Iván Almeida. Su propuesta consiste en estudiar el alcance operativo del laberinto como modelo filosófico-literario. “Se trata de ver —dice Almeida— cómo la estructura del laberinto, presente tanto en la construcción semiótica de los textos de Borges como en la forma de su ontología, va configurando una opción por la inmanencia”, tema este último de origen spinoziano que “puede resumirse como la jubilosa imposibilidad de salir del aquende (sueños, ficción, naturaleza)” (p. 35). Desde tal perspectiva, el orden de las ideas coincide con el orden de las cosas; no hay ningún territorio fuera del mapa, el universo coincide con lo que se deja construir, pensar, decir sobre él. Borges aceptaría con júbilo esta opción por el inmanentismo ontológico-literario. Almeida también insiste, sin embargo, en la otra cara de esta aceptación, cuando el júbilo se torna lección melancólica o nostálgica por la trascendencia prometida y jamás alcanzada. “Esa nostalgia de lo que está más allá de la representación, de los sueños, del verso, es el motor mismo de la razón. Esa misma nostalgia que nunca llega puede convertirse, por una súbita gracia, en «revelación»”, aun si ésta no se produce: “La revelación no puede ser ni causa ni consecuencia. Sólo se la descubre

en el acto de perderla” (p. 58). El resultado de esta doble orientación —inmanencia construible por un lado y trascendencia melancólica por el otro— es una profunda ambigüedad que recorre toda la obra y el pensamiento de Borges.

Antes de interrogar el sentido ético-político de esta ambigüedad, podemos afirmar que hay por lo menos tres caminos por donde varios otros ensayos del libro se acercan, no al polo de la inmanencia sino a los usos del desajuste entre el lenguaje y sus residuos. El primer camino, explorado por Evelyn Fishburn y Saúl Yurkievich, se abre cuando Borges aprovecha esta incongruencia para producir un efecto humorístico. “El humor es epifánico, existe en esa revelación momentánea que se encuentra más allá de la lógica convencional, desafiando su autoridad y desvelando la realidad evanescente de su propia lógica interna”, aludiendo así a “un desajuste entre el sentido y el tono, a la sutil inadecuación del registro, al ejercicio desconcertante del dislate, a todas esas marcas o guiños que provocan el viraje o rebote humorístico” (pp. 145 y 165). Contra la opción spinoziana, el desvío lúdico o irónico muestra que, como un arte de libre desprendimiento, el humor juega con una situación singular para revelar su desfase interno. Debo añadir, sin embargo, que no hay humor alguno en la alusión al “zen” en “Las ruinas circulares”, como sugiere Fishburn: ésta es una lectura errónea de la autora, por “zend”, el lenguaje de la religión zoroastriata, cuyo culto al fuego es, al contrario, esencial para entender el cuento entero.

Otra respuesta al desajuste, en este caso entre el crimen y la investigación, consiste en la construcción de nuevas conjeturas para cerrar la brecha que separa el lenguaje de la irrupción violenta de lo real, en particular la muerte, siguiendo los códigos del género detectivesco al que se acercan Roberto González Echevarría y especialmente Cristina Parodi. “Hay un lapso entre acto e interpretación”, lapso cuya distancia buscan recorrer el detective y, tras él, el lector —moviéndose constantemente hacia adelante y hacia atrás entre dos historias: la historia aparente de “los sucesos de la pesquisa” y el crimen que sólo aparece en los intersticios de esta última, por medio de los “restos de una historia oculta” (pp. 73 y 81). La subversión borgeana del género, sin embargo, pone énfasis en la inconmensurabilidad de estas dos historias. Es por este predominio de la paradoja que el mundo de Borges puede llamarse un “universo spinoziano enfermo”, como alguna vez sugirió Umberto Eco. Explica Parodi: “A diferencia de Poe, Borges no afirma que el orden de las ideas coincida con el orden del universo; si el universo oculta un orden, no podemos descubrirlo, a lo sumo, postularlo como hipótesis” (p. 88). Frente a la paradoja, en definitiva, ninguna inferencia logra colmar la brecha entre el intelecto y el crimen, la mente y la muerte, o la civilización y la barbarie.

Cuando la divergencia entre el lenguaje y su otro se incrementa hasta el extremo de un corte radical, surge la posibilidad de la trascendencia —tercera respuesta ante la opción spinoziana— por medio de una epifanía mística. En su análisis detallado de “El Aleph”, Julio Ortega sugiere que esta epifanía queda, según la lección borgeana, clausurada en relación con la fe, pero su sombra se proyecta, trasmutada y relativizada, sobre la dimensión del lenguaje: “«El Aleph» (el cuento como poética narrativa, como alegoría del acto literario mismo) demostraría, entonces, que los límites del lenguaje no son los límites del universo” (p. 23). Es sobre todo la influencia demoledora de la modernidad la que da cuenta de la desaparición de la fábula de la fe como origen y sustento de la visión mística. De ahí resulta como una disputa por el lugar deshabitado, entre la previa posibilidad de éxtasis contemplativo y la nueva lógica de intercambiabilidad cuya violencia generalizada rige la ciudad moderna comercial. “La revelación mística deja paso a las revelaciones domésticas; la encarnación del verbo prometido es reemplazada por la verdad descarnada del verbo melancólico”, concluye Ortega: “El tiempo litúrgico se ha extraviado en el espacio sustituido” (pp. 25 y 28). Sólo el acto gratuito de la literatura sería capaz de aludir todavía a la plenitud de un lenguaje perdido, pero esta tarea, inaccesible en la cotidianidad, es transferida indefinidamente al lector.

El humor, el enigma o la epifanía —a los cuales podríamos añadir la exploración de lo fantástico, sin duda demasiado estudiado para merecer aún la atención de la crítica— son diversas maneras de aprovechar la inconmensurabilidad del lenguaje con el mundo. Así, mientras el humor juega con la situación rebajándola a la incongruencia, y la mística se eleva por encima de la cotidianidad en una ruptura sublime, las conjeturas detectivescas intentan mediatizar la distancia entre la situación y la razón, entre la existencia y el sentido, entre el mundo y la voluntad. Al provocar la risa, la conjetura, o la perplejidad, estas modalidades niegan en todo caso la jubilosa aceptación de la inmanencia. Mejor dicho, representan otras tantas formas de jugar con los bordes, desde los márgenes o, para usar la típica imagen borgeana, en las orillas entre la inmanencia y la trascendencia. Las aparentes contradicciones en el pensamiento de Borges (según una u otra versión, místico o escéptico, realista o nominalista, platónico o aristotélico) dependen todas de una articulación insuficiente entre esos extremos que para él claramente no son incompatibles.

Liliana Weinberg de Magis ofrece pautas indispensables para juntar los hilos anteriores en una trama coherente. Su estudio, el más extenso del volumen, demuestra que el debate entre inmanencia y trascendencia no es solamente una oposición estática sino que da origen, primero, al típico movimiento intelectual del ensayo borgeano y, luego, a un desarrollo protonarrativo por el cual sus inquisiciones desembocan en la escritura de ficción. Esta doble movilización

depende de la tensión entre las tendencias ya mencionadas: “Dos ideas obstinadas han contribuido a la construcción de los ensayos de este autor: la intuición de la irreversible temporalidad en el hombre y el lenguaje y el esfuerzo por superarla a través de la intuición de las formas” (p. 102). El rigor de la finitud y la intuición de lo eterno son como el álgebra y el fuego, la vigilia y el sueño, pero lo importante es ver cómo estas opciones se ponen en movimiento, alternándose en diferentes combinaciones para producir lo que yo llamaría la esencial vacilación ideológica de Borges.

Las distintas contribuciones del volumen son también lecturas de esta ambigüedad fundamental. Para varios críticos, el punto de partida es el gesto de la refutación, la cual deshace las grandes contiendades de la metafísica ancladas en nuestro lenguaje cotidiano. Pensando en “Tlön”, dice Olea Franco: “Borges intenta derruir las categorías del ser (‘yo’), el espacio y el tiempo que estructuran nuestra percepción común de la realidad; se trata, sin duda, del objetivo central de la literatura borgeana, como se deduce de la pesimista pero lúcida reflexión que es el epígrafe y nombre del libro donde se incluye mi ensayo” (p. 262). Después de semejante operación, llámese crítica o nihilista, la escritura borgeana suele devolvernos la realidad nuevamente valorada, ya no con terror ni con humillación sino con alivio. De allí la importancia del poema de los dones: marca una reversión al presente sin ilusiones, un retorno melancólico pero no conformista, sino serenamente consciente de nuestras imposibilidades. El debate filosófico da lugar, así, a las distintas figuras de subjetivación que tan sutilmente marcan el tono inconfundible de Borges. La más notable entre estas figuras es sin duda la resignación, no sólo en un sentido pesimista sino también como una vuelta agradecida que resignifica lo existente. “El escepticismo nos devuelve al presente resignado de las verificaciones, a la ciudad del olvido”, comenta Ortega: “Entre uno y otro lenguaje, el instante epifánico ha acontecido como un leve espejismo del desierto, sin referencialidad y sin continuidad, puesto en duda para ser cedido al lector no como una resolución de la fe sino como una pregunta de la metafísica” (pp. 31-32). De allí que surja siempre de nuevo el deseo de una intuición trascendente —un raptó místico o, por lo menos, un acto literario igual de gratuito y absoluto como la epifanía vislumbrada por medio de las grietas del laberinto. “Por fin”, podemos concluir con Weinberg de Magis, “una vez rebatidos los *idola* del conocimiento y reconocida la precariedad de toda certeza, así como aceptada la única y obstinada intuición de la existencia irreversible del yo y el lenguaje en el tiempo y de nuestra vocación de intemporalidad y sentido, sólo nos resta asomarnos a los bordes o abismos desde los que se intuye el acontecer de la belleza y de la maravilla, suspensión de las pasiones y confirmación de la legalidad del orden literario” (p. 108). De esta manera,

cuando el movimiento intelectual de la visión borgeana queda perfilado a grandes trazos, no es difícil percibir simultáneamente su capacidad ilimitada para el desarrollo narrativo.

Carlos Fuentes, por ejemplo, en su ensayo “La herida de Babel” ya previamente publicado, moviliza las tendencias contradictorias para armar una especie de relato paradigmático —un periplo básico por las distintas facetas de la escritura borgeana. Considera que Borges “no es un platonista, sino una especie de neoplatonista perverso. Primero postula una totalidad. En seguida, demuestra su imposibilidad”, mejor dicho: “Borges crea totalidades herméticas. Son la premisa inicial, e irónica, de varios cuentos suyos. Al hacerlo, evoca una de las aspiraciones más profundas de la humanidad: la nostalgia de la unidad, en el principio y en el fin de todos los tiempos. Pero, inmediatamente, traiciona esta nostalgia idílica, esta aspiración totalitaria, y lo hace, ejemplarmente, mediante el incidente cómico, mediante el accidente particular” (pp. 308-309). De este movimiento prototípico, entre la totalidad autoritaria y sus interrupciones accidentales, la mayoría de los cuentos borgeanos son variantes. La ficción acaba siendo un ejercicio imposible por imaginar relatos absolutos que pretendan llenar la historia como ausencia, pero que jamás lograrán restañar su herida.

“*And yet, and yet...*”, la frase que introduce el último párrafo de “Nueva refutación del tiempo” de donde provienen el título y el epígrafe del presente volumen, resume de manera ejemplar la lógica ambigua y escindida que mueve el universo filosófico-literario de Borges. Su duplicidad apunta hacia el escepticismo como la problemática implícita en todo el libro. En este sentido Weinberg de Magis destaca debidamente la influencia de los fundadores del género del ensayo, de Francis Bacon incluso más que de Montaigne, pero pierde una ocasión idónea para interrogar la impronta que dejó en Borges la lectura de Hume. A mi entender, él es el precursor inmediato de la vacilación ideológica esencial en la cual siempre acaba alternándose la incredulidad con el rescate de lo dado. Borges, al fin y al cabo, habla de inquisiciones y no de ensayos para describir gran parte de su obra: ¿no son tal vez *inquiries* al estilo anglosajón, ejercicios combinados de escepticismo y empirismo —refutación implacable de todos los absolutos y verificación resignada de la cotidianidad— ambas vertientes articuladas según un recurso propiamente interminable al que también alude el título?

Las consecuencias ético-políticas de esta vacilación esencial no se dejan decidir fácilmente. En cuanto a la cuestión ética, en primer lugar, varios críticos aluden a un fascinante diálogo con la tradición del existencialismo. González Echevarría, en su análisis de “El jardín de senderos que se bifurcan”, apunta: “No sé si alguien ha notado que la novela de Ts’ui Pên constituye una negación rotunda de las

doctrinas del existencialismo, según las cuales el individuo se ve forzado siempre a escoger, y de esa manera asumir el destino”, doctrinas todas éstas de las que Borges se burla porque fomentan la ilusión del yo: “Suelen jugar a la desesperación y a la angustia, pero en el fondo halagan la vanidad; son, en tal sentido, inmorales” (pp. 68-69). Frente a esta hipótesis, sin embargo, cabe insistir que en otros textos, como en “El inmortal”, Borges claramente reafirma una ética de la finitud, con todo el patetismo de la elección única e irreplicable que seguramente hubiera sido del agrado de Jaspers o de Heidegger. Es más, hay textos donde Borges se burla precisamente del intento de negar la individualidad, diciendo que “nada, por consiguiente, hay más lisonjero que una fe que elimina las circunstancias y que declara que todo hombre es todos los hombres” (p. 104). A este respecto es más cautelosa la opinión de Weinberg de Magis sobre Borges: “Su propia concepción del ‘yo’... lo acerca y a la vez lo aleja del existencialismo: una preocupación coincidente con esta corriente filosófica —mi existencia, mi estar vivo en el mundo—, se resuelve sin embargo de manera diversa, al subsumir el problema del yo en el problema filosófico del tiempo y el conocimiento para ofrecer una respuesta estética” (pp. 129-130). Precisamente a causa de tal estetización, en última instancia, existe siempre la posibilidad de que la decisión ética se pierda en un juicio indiferente sobre la reversibilidad entre el bien y el mal, el héroe y el traidor, Jesús y Judas. Como sugiere Yurkievich, el resultado del escepticismo sería una zona desinteresada y gratuita donde todo juicio moral quede suspendido: “Ese escepticismo no se compromete; no se entrega; no se deja cautivar por la profundidad; permite no ser enajenado por la emoción ni subsumido por lo trágico o lo patético” (p. 167). El mundo borgeano, dominado por una insuperable vacilación escéptica e irónica, resultaría ajeno a la profundidad subjetiva requerida por cualquier compromiso ético-moral.

Finalmente, si ya la cuestión ética aparece como indecible, lo menos que puede decirse es que según estos ensayos también resulta ambiguo el sentido político del escepticismo esencial de Borges. Una manera privilegiada para acercarse a este último problema es leer la obra borgeana como un conjunto de relatos que tratan de la modernidad, especialmente de los efectos del Estado moderno sobre la literatura. Para Beatriz Sarlo, esos efectos son esencialmente destructivos. Con la entrada en la modernidad, ocurre también un cambio irrevocable en la sociabilidad y su codificación formal: desaparecen las pasiones fuertes, míticas y violentas, unidas a la guerra y el duelo como modelos heroicos de organización social, para ser sustituidas por los intereses fríos y calculadores del orden del Estado. Borges abre un espacio escriturario culto precisamente a partir de aquellos valores premodernos, dionisiacos, bárbaros, cuyo atractivo en un

tiempo ya sin aventuras ni asombro es inseparable de su carácter preterito. “¿Qué queda entonces?” se pregunta Sarlo: “Queda un ethos bárbaro, y no obstante, virtuoso. Sus cualidades son imposibles en el siglo xx y en la ciudad. Sin embargo, sólo en la ciudad del siglo xx pueden ser percibidas como cualidades. Desde la cultura urbana, ese mundo bárbaro atrae con ímpetu ciego y gracia desafiante porque está bien lejos de la autoconciencia fracturada de la modernidad” (p. 222). Cabe preguntarse, sin embargo, si en vez de ruptura no hay más bien desplazamiento, o transculturación, de aquella violencia mítica y guerrera al carácter gratuito, desinteresado y absoluto del acto literario moderno. Como ya se había sugerido para la epifanía mística, no sería entonces tan radical el corte introducido por la modernidad en la vivencia de la literatura o la fe.

A diferencia de Sarlo, William Rowe centra su análisis de varios cuentos canónicos en los múltiples puntos de resistencia por medio de los cuales la literatura borgeana pone en entredicho las ambiciones burocráticas, autoritarias y absolutistas del Estado, sobre todo en cuanto a las nociones actualísimas de frontera, nacionalidad y territorio. Frente al “archivo” monumental que la nación impone a la historia, con su épico afán de “almacenamiento total”, Rowe encuentra al contrario “una especie de heteroglosia sin fronteras”, siguiendo “la utopía anárquica de Borges en la que se imagina que todos los libros fueron escritos por un solo autor —la desterritorialización completa de la lectura” (pp. 228 y 239). De este modo, el crítico construye una verdadera máquina de lectura donde la glosa siempre excede al marco de lo glosado, el mensaje deja un sinfín de residuos en contra de la pretensión divina o totalitaria, y las fantasmagorías de la identidad nacional, al agujerarse, dejan entrever la ilimitada multiplicidad de la experiencia pura anterior a la construcción de un mundo cualquiera. Aparte de que aún queda por explicar el repliegue del anarquismo borgeano sobre el individuo —en plena contradicción con su refutación de la personalidad—, lo que Rowe pierde de vista es la co-pertenencia de la desterritorialización con el Estado. La “anti-épica” borgeana, creo, no sólo resulta de una subversión, sino que es ya un efecto del impacto del capitalismo moderno sobre la literatura. Celebrar lo múltiple puro, por lo tanto, no es una operación unívocamente liberadora, también puede ser una manera de confirmar todo lo que hay. Si bien es cierto que la ciudad moderna cancela los viejos pactos épicos, místicos o generalmente expiatorios entre el lenguaje y el poder, también trasmuta la lógica interna de aquellas fórmulas, desvinculándola de su efecto ritual y de su violencia originaria, para así reincorporarla en la construcción de un espacio estético que, por más residual que fuera, no deja de ser cómplice del orden del Estado.

¿No queda entonces ningún compromiso político o literario que no sea nostálgico o reactivo? Daniel Balderston nos ofrece un estudio

ejemplar sobre la breve fascinación y militancia activa de Borges a finales de los años veinte y principios de los treinta en las filas de jóvenes radicales a favor de Hipólito Yrigoyen. Aquí vemos, por primera vez con tanta perspicacia, en qué coyuntura la nadería de la personalidad se hace compatible con una política intransigente, moralizante pero al mismo tiempo austera y pudorosa, con un aire de secreto conspirador y deliberada frugalidad. Balderston incluso rescata al joven Borges que, casi guevarista, anticipa cómo “los hombres de las naciones del mundo se han conjurado para desaparecer en el hombre nuevo, que no es ninguno de nosotros aún y que precedimos argentinos, para irnos acercando así a la esperanza” (p. 194). Esta “conjuración de estilo no usado”, como la define el autor, “pródiga aventura de estirpes, no para perdurar sino para que las ignoren al fin: sangres que buscan la noche”, no sólo es en todos los sentidos opuesta a lo que Borges percibió en Perón, puro simulacro y ostentación que buscan la luz de la historia, sino que en ella también podemos leer la clave de su continua actitud anti-Lugones. Es así como José Miguel Oviedo se acerca brevemente al “diálogo *post mortem*” que tuvo Borges con su gran antecesor, no sólo en el prólogo al *Hacedorsino*, además, en “Pierre Menard, autor del *Quijote*”, como una especie de obituario ficticio e indirecto. “Lo que más le irrita en Lugones es su artificiosidad, el carácter aparatoso de su retórica, el énfasis abrumador de una obra que parece no tener una página que no haya sido escrita en voz alta”, comenta Oviedo, de tal manera que el poeta “se impone, no seduce” (p. 201).

Con estas lecturas, o deslecturas, la obra borgeana vuelve a ser, siguiendo al Apóstol, lo que afirma el título del ensayo de Edgardo Cozarinsky: “Un texto que es todo para todos”. Sobre todo en cuanto a la cuestión política, se abren muchos nuevos interrogantes que esperamos vuelvan a plantearse de manera igualmente original, sin reconciliaciones fáciles, estudiando otros episodios y otras épocas. “Porque hubo una época en que Borges era, en la Argentina, un escritor incómodo, molesto. Sus adversarios se han sumido en el olvido o la insignificancia y hace tiempo que Borges padece el engañoso halago de un reconocimiento unánime”, recuerda Cozarinsky en su recorrido personal de algunas de aquellas polémicas: “Hoy, frente al ícono desfigurado de Borges corriente en el consumo cultural, aquella serena capacidad de ofender me resulta invaluable” (p. 289).

No quiero despedirme de este trabajo colectivo sin antes destacar dos cuestiones prácticas. La primera tiene que ver con la necesidad de una edición crítica, a la que invitan varios de los contribuyentes. Como señala Rafael Olea Franco: “Una asignatura pendiente muy necesaria para el mejor conocimiento de Borges es la preparación de ediciones críticas (o por lo menos «anotadas») de su obra, ya que en general, salvo contadas e insuficientes excepciones, las que poseemos no pueden

más que clasificarse como pobres (sin prólogos críticos o explicativos, sin notas de ninguna especie, ni secuencias cronológicas)” (p. 270). La otra cuestión, más delicada, concierne la continuidad del diálogo de la crítica. Indirectamente, Sylvia Molloy delata el problema al referirse a las escenas de relevo de la narración, o de relatos heredados, tan frecuentes en la obra de Borges. También para la crítica, creo, surge una pregunta similar a la que se hace Molloy: “¿Cómo recuerdo hoy a Borges, cómo atiendo a esa voz desaparecida para poder, de algún modo, asumir el relevo de su texto, traducirlo?” (p. 277). ¿En qué medida, hoy, entablamos los críticos el diálogo no sólo con la obra borgeana sino con sus múltiples lecturas anteriores? ¿Dónde empieza y dónde acaba, en otras palabras, la deslectura después de Borges?

BRUNO BOSTEELS
Columbia University

OMAR BORRÉ, *Roberto Arlt. Su vida y su obra*. Planeta, Buenos Aires, 2000; 298 pp.

Acaba de publicarse en el año 2000 esta biografía del escritor argentino Roberto Arlt, precisamente el año de la conmemoración del centenario de su nacimiento. Estudioso de la obra de Arlt, Omar Borré ha exhumado de las revistas *Mundo Argentino* y *El Hogar* muchos cuentos suyos, desconocidos hasta hace poco, ha publicado asimismo en 1984 un libro en colaboración con la hija del escritor, Mirta Arlt (*Para leer a Roberto Arlt*) y, en 1996, una imprescindible bibliografía comentada de la crítica de Arlt (*Roberto Arlt y la crítica, 1926-1990. Estudio, cronología y bibliografía*) que da cuenta de reseñas y notas desperdigadas en periódicos y revistas argentinas que no habían sido localizadas con anterioridad a este libro.

El libro de Borré aparece cincuenta años después de la biografía pionera de Raúl Larra, *Roberto Arlt, el torturado*, que es además el primer libro que se escribió sobre el autor. Las circunstancias de publicación de ambas biografías son sin duda radicalmente distintas. Larra publica su libro en 1950, ocho años después de la muerte de Arlt, para rescatar del olvido al autor de *Los siete locos*, paralelamente, emprende la publicación de su obra completa en la editorial Futuro. Aunque no concluye esta última empresa, pues la editorial Futuro publica sólo algunas de sus novelas y obras dramáticas, el trabajo de rescate que comienza Larra en la década de los años cincuenta obtiene muy pronto frutos: unos años después, en 1954, la revista *Contorno*, dirigida por una nueva generación de escritores argentinos (entre ellos, David Viñas), dedica a Roberto Arlt un número completo. Varias de las colaboraciones de *Contor-*